

Formas de la cultura política y niveles de relación estado-individuos¹.

Ham Ramírez Carlos Israe²

Introducción.

Al mirar de cerca los procesos de transición a la democracia y de consolidación democrática, suele presentarse ante nosotros un vacío, que adquiere presencia y sentido mediante una o muchas dudas. ¿Qué falta por hacer? Reformas, adecuaciones jurídicas, leyes, organismos e instituciones. Si bien son fundamentales para cubrir y dar estructura al orden democrático, necesitan de identidad. De algo que podría llamar el espíritu, que alimente constantemente el quehacer democrático. Encuentro entonces que el concepto de cultura política puede servirnos para llenar este vacío analítico al identificar las reglas específicas del juego político y las condiciones bajo las cuales se mantienen (Clarck & Inglehart, 2007). Nos permite colocar la lupa sobre los valores, conocimientos, creencias y actitudes que definen identidades políticas manifiestas en los actores sociales partícipes de las experiencias políticas.

Al mismo tiempo, nos permite mirar la manera en que los miembros de una sociedad piensan y sienten con respecto a los actos y decisiones de otros (sean entendidos estos en distintos niveles, desde las relaciones familiares, las organizaciones vecinales hasta las autoridades) organizan sus relaciones con ellos, seleccionan sus propios sentimientos, decisiones y actos acerca de las instituciones estatales; definen su identidad política (de Landa, 2007).

La cultura política nos permite, en relación con la formación de identidad política, comprender a los individuos como actores sociales que interactúan bajo condiciones cambiantes y estructuran sus realidades influenciados por su propia experiencia social e historia (de Landa, 2007), nos permite identificar los campos simbólicos en los que se

¹ Las ideas expuestas en esta ponencia nacen y son parte del trabajo teórico desarrollado en mi tesina titulada, Crítica y análisis del presidencialismo mexicano, una óptica desde la cultura política. Asesorada por el Dr. Roberto Gutiérrez del departamento de sociología de la UAM-Azc.

² Licenciado en Sociología con área de concentración en Sociología Política por la U.A.M-Azc. hamcarlos16@gmail.com

desenvuelven y bajo los cuales definen su posición de partida para establecer, relaciones sociales y políticas, negociaciones, acuerdos y convenios de acuerdo a intereses, perspectivas, deseos y necesidades.

Es propósito de este trabajo primeramente haciendo diferenciar la complejidad que ha significado históricamente el concepto de cultura política. Justificar lo que considero mi aportación sobre la cultura política. Al considerarla como una herramienta analítica desde su contenido y forma. Entendida ya no únicamente como los mecanismos valorativos, afectivos y cognitivos de la sociedad y los individuos con respecto a la política. Sino como una interacción proyectiva, de los distintos niveles de socialización política que se puede manifestar como *formas de la cultura política*.

En un segundo momento haré referencia a que si bien, la consolidación democrática para los llamados países en transición, dependió formal y fundamentalmente de las reformas realizadas al sistema político, de los cambios generados alrededor de la presencia y contención de los actores políticos tradicionales, de la redistribución del poder y la amplitud a nuevos sectores en la participación, al sistema de partidos, a los mecanismos electorales que han logrado hacer de las elecciones la forma coordinada y correcta de ser, participar y elegir a los representantes. Así como los diversos programas y estudios enfocados en la cultura cívica. Las relaciones entre gobernantes y gobernados que se fundamentan en distintas formas de cultura política, aún viven experiencias contradictorias que dificultan la consolidación *real* de la democracia.

Acercamiento a la cultura política

Desde la aparición del concepto de “cultura política” se ha vuelto recurrente su uso y discusión en el análisis de la política. Se le ha incluido con el objetivo de buscar una perspectiva más amplia sobre los factores que son determinantes en la formación de regímenes, en la legitimación del poder y en las prácticas políticas que la sociedad tiene. Nos sirve como un espacio teórico para poder estudiar la relación entre gobernantes y gobernados.

El estudio de la cultura política es, hoy en día, fundamental para comprender el accionar de los sistemas políticos, de las consolidaciones democráticas y del desenvolvimiento de la vida pública con acento en lo político. Esta relevancia, al igual que

el proceso cultural se ha ido consolidando y de a poco ha ganado adeptos en el desarrollo de numerosos estudios tanto empíricos como teóricos.

Para acercarnos al concepto, nunca está de más recordar en cita de lo que dice Verba, que la cultura política es el “sistema de creencias empíricas, símbolos expresivos y valores que definen la situación en la que sucede la acción política en ese mismo grupo” (Almond & Verba, 1980) complementando esta definición y con el propósito del trabajo, agregaré para fundamentar el concepto de la cultura política la definición que Glenda Patrick aporta: “la cultura política se define mejor en términos de sus características centrales- como son las creencias, valores y actitudes relacionadas con los objetivos políticos especificados..” (Patrick, 1984).

La definición de cultura política asoma su complejidad en el aporte que el Dr. Roberto Gutiérrez nos ofrece al sugerirnos observar el fenómeno cultural como la “síntesis heterogénea y a veces contradictoria de valores, informaciones, juicios y expectativas que conforman la identidad política de los individuos, los grupos sociales o las organizaciones políticas y que, por lo tanto dibujan el perfil de los sujetos políticos en interacción” (Gutiérrez, 2001).

La cultura política no es una construcción inmediata que se puede manifestar o expresar de forma amplia en una opinión o en datos estadísticos. Explicar la configuración de la ciudadanía en nuestro país requiere ir más allá de las encuestas de valores (Tejera, 2006). Tampoco es la respuesta o reacción en cierta coyuntura. Se requiere de una consolidación en el tiempo para poder definir la cultura política de una sociedad³. La cultura política puede considerarse como una manifestación estable y asimilada que alude a pautas de percepción e interpretación de las políticas, define acciones e identidades de actores y de la sociedad en conjunto (Casterjón, 1995).

Un aspecto central del estudio de la transiciones a la democracia, ha sido precisamente la importancia de mirar que, si bien se han logrado cambios estructurales e institucionales, principalmente, el aspecto cultural aún queda pendiente y con amplios

³ Es necesario apuntar la heterogeneidad propia que caracteriza a la cultura como una forma de diferenciación constante. Así aunque hablemos de *la cultura política de una sociedad* se entiende que ésta se compone de diversas muestras culturales. Cada región, colonia, organización, asociación etc cuenta con formas culturales que la diferencian de otras composiciones sociales.

espacios de crítica y trabajo en la búsqueda del ansiado objeto de la consolidación democrática.

Las encuestas nacionales sobre cultura política y participación ciudadana realizadas desde 2001, dan muestra del interés que ha tenido para los gobiernos comprender la manera en que ciudadanía, la sociedad en amplio espectro, conoce, opina, siente, percibe y cree de su papel en el desenvolvimiento de la vida pública, del quehacer político y de los actores políticos relevantes.

Hablando sobre las encuestas y los análisis que de estas desprenden, es necesario apuntar que la mirada debe ser aguda y enfática sobre el objeto o los objetos por estudiar. La relación entre gobierno y gobernados, estado y ciudadanos, autoridad y subordinados, la percepción del ejercicio democrático, la valoración de las autoridades, del sistema político y sus actores. La confianza y las estructuras que acompañan el andamiaje del quehacer político.

La complejidad de la conducta, valoración y acción política arroja muestras de que no es posible encasillar estadísticamente los contenidos culturales de la sociedad. Así como parece insuficiente sintetizar la cultura política en aspectos de mediano alcance. Es por ello que con base en aportes teóricos y conceptos, extraigo lo que llamo, *formas de la cultura política* lo cual entiendo como características que en conjunto pueden definir una cultura política, se manifiestan en distinto grado de acuerdo a factores como la región, o el tiempo en que el individuo ha comenzado a desarrollarse dentro de la sociedad a la que pertenece, así como de la manera en que lo político le ha rodeado e influenciado.

Formas de la cultura política

Las formas de la cultura política son esencias opuestas al contenido que permiten ordenar y unificar en el espacio-tiempo las conductas, los valores y los conocimientos de lo político. Permiten darle identidad a los conceptos explícitos de la cultura política

La cultura política puede servirnos para validar las distintas posiciones políticas, el procesos de socialización, de formación de campos y fronteras de significados así como las identidades que permiten comprender la complejidad de la construcción de la ciudadanía y las distintas formas de relación gobierno-gobernados más allá de procesos valorativos, cognitivos y emocionales “En efecto, al no ser homogénea la cultura puede ser vista como

el resultado de las luchas por definir una identidad que deriva en hábitos y formas de comportamiento cargados con niveles de significación y posicionamiento político” (Gutiérrez, 2001). En todo caso la formación de la identidad y el orden nacional son piezas claves que guiaron la discusión cultural y estructural del sistema político mexicano.

Dentro de los propósitos de investigación de la arena política en el campo cultural, es preciso apuntar que el cambio de los regímenes no puede ser explicado sin el cambio de los imaginarios. Y es precisamente aquí donde encontramos mucha madera para cortar, muchas perspectivas que a la luz pueden parecer resueltas y caer en el esquema de la “complejidad” o la “heterogeneidad”. Sin embargo afinar la mirada sobre los procesos de cambio en los imaginarios nos permite elaborar referentes teóricos que a la luz de las investigaciones aporten referencias nuevas para interpretar la manera en que el desenvolvimiento político se estructura desde lo cultural. Como bien explica el IFE en el trabajo titulado “El ciudadano como elector, la cultura política en el cambio de Siglo mexicano”:

Dada la diversidad cultural de grupos organizados y de estructuras ubicadas en el campo del poder, el acto de convertir las diferentes expresiones cultural-políticas en una cultura política procede o bien de un cierto conjunto de operaciones estadísticas, o de un acto de poder sobre las formas culturales existentes; acto por el cual una cultura se impone a las otras, lo que equivale a decir que una forma de expresión somete a las demás (IFE, 2003).

Es necesario entonces dar espacio para que las formas “sometidas de expresión cultural” se hagan presentes. Más que crear vínculos de los individuos basados en una pertenencia identitaria particular, o mirar los rasgos que cohesionan a los distintos grupos (etnia, religión, vecindario, color de piel, género, etc) se trata de mirar las características que están presentes pero no son comprendidas como formas de vinculación en la construcción e integración de los grupos.

No pretendo poner en entredicho el rasgo principal de los derechos, que es la equiparación universal e igualitaria del estatus de ciudadanía (IFE, 2000). Sino diferenciar que dicha ciudadanía está construida con bases distintas, con objetivos dispares y propósitos contradictorios para la formación de una identidad colectiva, de una nación y de una equidad política.

¿Cuáles serían estas formas culturales de las que hablo? ¿Qué las diferencia a unas de otras? Primeramente considero tres formas básicas, con base en el desarrollo de Casterjón Diez, (sociedad tradicional, moderna y posmoderna) de Durand Ponte (tres formas de relación tradicional, corporativa y ciudadana) que me han servido para esquematizar las formas de la cultura política de acuerdo a tres razones: Tradicional, moderna y contemporánea.

En las siguientes líneas intentaré hacer una justificación de cada una y explicar con amplitud las características que las componen.

Tradicionales

La forma cultural tradicional se construye desde la relación entre individuos e identidades de poder, que están sustentadas en procesos de imposición para la negociación de bienes simbólicos y materiales. El núcleo desde el que parto es el de una forma clientelar. (alimentada por camarillas, cercanía a los líderes, aprecio y valoración por el jefe o representante) se propicia por la distancia entre sociedad y gobierno. Donde el cacique, caudillo, líder local o cualquier figura que encarne el poder, adquiere el papel de intermediario, negociador y “administrador” de los bienes que serán intercambiados por el favor político. Sustancialmente el voto. Las formas principales que componen esta composición son:

- Providencialismo: el providencialismo implica un rasgo de la cultura política pasiva

Una cultura política providencialista desresponsabiliza a la sociedad de la solución de sus necesidades, conflictos y desequilibrios; genera ciudadanos poco participativos y, consecuentemente, poco interesados en la política o los asuntos públicos en general (Gutiérrez, 2007) . La figura que provee, la concesión de bienes y favores alimenta el providencialismo y lo justifica (Paoli, 1988). El providencialismo es entonces aquella disposición de esperar respuesta que prevé y provee de todo. Dentro de la relación política, aquél que ocupa un puesto con poder es quien se encarga de dar, de garantizar bienestar y resolver los problemas. Suele presentarse más en zonas rurales, sin embargo el espacio urbano no está exento de esta forma de relación.

- Caudillismo: es una forma cultural que se caracteriza por situarse sobre el orden de la democracia formal y las estructuras institucionales que la componen. Centra la amplitud de su poder en su habilidad por obtener victorias (militares en el origen del término) políticas mediante el apoyo popular y el establecimiento de alianzas.
- Criollismo nace en la formación misma de la nación mexicana, donde “Los criollos derivaban su capacidad para tomar decisiones de su cercanía con el grupo español, en tanto fuente de legitimidad en el uso de la fuerza y la conciliación política” (Delhumeau & González Pineda, 1973) según Caterjón Diez, la *cercanía* es la base para fundamentar e integrar a los grupos políticos. podríamos entonces reconceptualizar que el centro de atención para esta forma de cultura política es la cercanía. Pues en la formación de grupos alrededor de los candidatos, o cualquier personaje que va extendiendo de arriba hacia abajo, en la lógica de la jerarquía su posicionamiento, lo que se busca entonces, no es comprender o simpatizar ideológicamente con los objetivos políticos de un partido o candidato, sino estar cerca y pertenecer al grupo que garantice bienes materiales o inmateriales.
- Clientelismo: La forma clientelar es recurrente y está viva aún en el quehacer político regional, nacional e internacional. Partidos y ciudadanía actúan en conformidad a la negociación ilegal del voto por bienes materiales, simbólicos o reconocimiento en programas asistencialistas. El clientelismo ha sido y es uno de los obstáculos más grandes para la consolidación democrática en los países en transición. Su capacidad de adaptación le han sacado del medio rural para situarla en las mismas urbes, en los sindicatos y en casi cualquier forma de organización política.
- Personalismo: Básicamente hablamos de personalismo cuando las personalidades están sobre las ideologías y los objetivos de gobierno (Ai Camp, 1983). Cuando esto se presenta, la forma de la conducta en relación al peso de las personalidades se relaciona estrechamente al concepto previamente abordado, la cercanía a la persona se vuelve el factor determinante para desenvolverse dentro del sistema político. Se necesita tener acceso a una persona que ya haya triunfado dentro del sistema político (Ai Camp, 1983).

El providencialismo, caudillismo, clientelismo personalismo basadas en la cercanía permiten sostener la relación desigual entre gobernantes y gobernados. Brindando a los primeros la posición de dispensadores y repartidores de bienes, centrando la atención en la forma leal, afectiva y solidaria con la que se relacionan ambas posiciones. En esta forma se gesta el génesis de la cultura política nacional. Históricamente se han formado los vínculos estrechos con base al intercambio desigual, a la relación horizontal, a la territorialidad y a la aceptación como forma de integración a la comunidad. Las formas tradicionales de la cultura política adquieren su fuerza en la incapacidad de los actores por entenderse como partícipes del procesos político, en diferenciar las jerarquías no con base en un desarrollo institucional sino en la acumulación del poder legitimado, ya sea desde la disposición misma del que lo tiene (asemejando a la figura de un rey) o por el legado histórico que fundamente a ciertos personajes o instituciones.

La presencia de estas formas tiene una estrecha relación con el momento en que se construye el estado nacional. En el caso mexicano la Revolución significó el reordenamiento estructural y definitivamente el proceso de consolidación cultural de formas cercanas a la democracia institucional, sin embargo aún insuficientes para el contexto rural de la nación.

Modernas

La existencia de procesos de intermediación delinea la forma en que el sistema político es entendido desde los ciudadanos. Considero este un punto nodal en el entendimiento de las relaciones político sociales que se forman alrededor de formas modernas de cultura política. Basadas principalmente en el desarrollo institucional en la integración de heterogeneidad cultural, en la formación del proyecto nacional. Ya sea en el albor de una práctica clientelar o en el quehacer de la institucionalización corporativa, la intermediación ha configurado todo un imaginario cultural sobre como relacionarse desde las bases sociales con los gobiernos.

Es así que nacen las formas modernas de cultura política, basadas principalmente en la política de clases y en el desarrollo de instituciones que integren, coopten y desarrollen los valores necesarios para reconstruir la nación mexicana en el siglo XX. Como se mencionó en el apartado anterior, las bases de la cultura política mexicana se construían con apego a

valores focalizados en la fuerza, el carisma y la cercanía. Sólidos para construir relaciones locales pero insuficientes para la realización de un proyecto nacional. Es por eso que giro la vista sobre los procesos culturales que formaron el sentido nacional, y en ellos señalo que las formas culturales relevantes son:

- Familias, camarillas: La camarilla o grupo político personal es central para entender la creación, conservación y transferencia del poder dentro de México (Johnson, 1971). Con base a una estructura piramidal de redes podemos entender la forma en que se fundamenta la lealtad y el orden político. La camarilla principal, la compone en la punta de la pirámide el presidente de la república, una camarilla secundaria, será encabezada por aquellos miembros que estén dentro de la camarilla del presidente. Y una tercera camarilla, será formada por aquellos que estén dentro de la camarilla secundaria (Ai Camp, 1983).

La confianza, la lealtad, o el simple favor las relaciones familiares han sido factores determinantes en la formación de élites políticas y la designación de cargos públicos.

- Cooptación: la cooptación en México se presenta en dos formas, mediante la reintegración de personajes que ostentaron en algún momento un cargo importante, abandonaron el orden oficial y luego vuelven a él. La segunda forma se identifica de acuerdo a la integración de aquellos que en algún momento representaron una oposición al sistema, haciéndolos parte del orden sistémico o como Camp refiere, la Familia oficial. Si bien dentro de la democracia es importante la convivencia de fuerzas opuestas, la posibilidad de estas por definirse efectivamente como oposición dista mucho de la cooptación, la cual busca hacerlas parte sin que represente una oposición real.
- Confianza en el Institucionalismo: Se asume una verticalidad natural en el ejercicio de las estructuras sociales, políticas e institucionales. El apoyo a la formación y consolidación de derechos sociales está relacionada con la búsqueda de hacer más eficaz y eficiente la concesión de servicios. La idea de Newton y Norris sirve para ilustrar la importancia de este rubro: la confianza en las instituciones es el indicador

central del sentimiento básico de los ciudadanos sobre su sistema político (Newton & Norris, 2000).

- Nacionalismo: autores como Rucker (1977) ven al nacionalismo como la religión política del Estado, que busca imponer un proyecto dentro de una sociedad heterogénea, se tiene al sistema educativo y a los medios de comunicación como los principales transmisores de los valores nacionales y del proyecto nacional. “La historia nacional se vuelve una forma de legitimidad y de sustento para el proyecto” (Sotelo, 1993).

Las familias o camarillas y la cooptación, ilustran la relevancia que tiene formar grupos para sustentar el poder. Las relaciones políticas situadas alrededor del presidente facilitaban tener una carrera política, estar cerca del grupo dominante mantenía expectativas de crecimiento profesional y reconocimiento político.

Por eso decimos que la ciudadanía moderna es, al mismo tiempo, una condición de *estatus*: es un concepto legal, un ideal político igualitario y una referencia emocional, siendo éstos los criterios de *pertenencia* en la medida que todos como ciudadanos formamos parte de una amplia comunidad política. Asimismo, se le define como una *práctica política* (IFE, 2000)

Se viven entonces algunos problemas marcados por la presencia de roles institucionalmente definidos, participación cooptada o dirigida por el naciente orden revolucionario pero al mismo tiempo valores tradicionales que siguen fundamentando relaciones políticas al margen de lo legal. Tal situación de incongruencia puede conducir tanto a retrocesos en el ámbito institucional como a promover formas de participación verticales y no autónomas, las cuales dificultarían el éxito de la joven democracia mexicana (Hernández, 2008).

Contemporáneas

El desarrollo de las democracias contemporáneas para los países en transición, están marcados por dos momentos. El desarrollo de mecanismos electorales como ejercicios

ciudadanos del reconocimiento de la legitimidad institucional, la elección de representantes y la movilización social basada en los más recientes medios de comunicación ponen a la ciudadanía más cerca a la participación deseada. La fortaleza de la sociedad civil y la organización política por fuera de los mecanismos institucionales abren la puerta a nuevos actores.

- Delegativismo: Las democracias delegativas se basan en la premisa de quien sea que gane una elección presidencial tendrá el derecho a gobernar como él (o ella) considere apropiado, restringido sólo por la dura realidad de las relaciones de poder existentes y por un período en funciones limitado constitucionalmente (O'Donnell, 1994) si bien la legitimidad del poder reside en las elecciones, estas son el único vínculo entre los elegidos y los electores, es decir no existe a lo largo del mandato una referencia que acerque al electorado con sus candidatos.
- Globalización: La manera de comunicarnos y conocer sobre cosas que pasan en otros lados ha logrado permear en la forma de pensar del mexicano. las prácticas políticas autoritarias, el sistema electoral dudoso, las faltas a los derechos humanos y el poco esfuerzo por tener un desarrollo económico “decente” daban muestras de que México no estaba a la altura del “orden mundial” reciente (Casterjón, 1995).

Al mismo tiempo los medios electrónicos de comunicación han facilitado la organización de la sociedad y ya nos dio muestras de que está “abierta” a la participación fuera del ojo vigilante de las instituciones, sin embargo esta capacidad de aglutinamiento, de convocatoria y de respuesta (Žižek, 2011).

[..] sólo la participación cognitiva puede desafiar a las elites. Las movilizaciones de individuos con poca educación y conocimiento entrañan el peligro de miembros proclives a prácticas donde pierden su autonomía. Tal es el caso del corporativismo o del clientelismo (Hernández, 2008)

En la parte de la consolidación democrática, las formas culturales del quehacer político ciudadano se caracterizan por la decepción. Sin embargo me parece pertinente distinguir la decepción de la política por la decepción del ejercicio administrativo de gobierno y del comportamiento de los políticos. Los procesos políticos y las relaciones que se construyen con base en estas formas de cultura política siguen relacionándose entre sí. (tradicionales,

modernas y contemporáneas) a distintos niveles, lo cual puede significar constantes contradicciones en el quehacer político. Prácticas clientelares que dirigen procesos electorales, manifestaciones ciudadanas que son apagadas con la fuerza del Estado, disposiciones políticas que no reconocen a otros actores confunden la valoración ciudadana por la democracia. Distinguir las formas de relación permite comprender los clivajes y puntos necesarios en los cuales trabajar para fortalecer la democracia. Acercándonos a nuevas reglas del juego político con características diferentes a los modelos clásicos de clientelismo y política de clases

Formas de la sociedad

La tensión entre el México profundo y el imaginario, entre el desarrollo legítimo de las prácticas democráticas y las formas culturales aún tradicionales y modernas construyen distintos imaginarios que nos permite vislumbrar formas de la sociedad. Comprendidas estas con base en la distinción de los niveles de presencia de las formas de la cultura política.

No son formas estáticas pues la dinámica de dichas formas podría resultar en un estudio más complejo sobre el tema. La relación entre cultura política y sistema político tiene que ver con la forma y los contenidos que configuran las identidades políticas; esto es, con la manera en que “los individuos, los grupos sociales y las organizaciones políticas perciben y responden las preguntas básicas acerca del “ser” de lo político: (Gutiérrez, 2007)

Qué ha provocado estas distinciones analíticas, en un primer acercamiento la transición política influyó en la descentralización de la toma de decisiones. Se multiplican los ámbitos, los espacios y las socializaciones desde las cuales se forman y proyectan los liderazgos políticos y las regiones adquieren nuevos significados (Cuna, 2008). No sólo en el entendimiento físico del mundo político, los imaginarios se multiplican de acuerdo a las manifestaciones culturales. Ya no es preciso sumir el comportamiento político de acuerdo a las relaciones corporativas centralizadas en el partido único, ahora la heterogeneidad cultural adquiere relevancia y empoderamiento para hacerse presente. Los individuos luchan por transformar o ampliar la ciudadanía, realizando así un cuestionamiento simbólico (Tamayo, 2006)

Formas de relación estado-individuos.

Las distintas formas de relación político-sociales producidas por las tensiones culturales y simbólicas, integran *comunidades políticas* diversas que confluyen en el mismo espacio. (Aguilar, 2007). Estas comunidades comprenden construcciones de imaginarios colectivos que se diferencian, además del contenido cultural que las componen, por la forma en que se relacionan entre sí y con las instancias gubernamentales, actores políticos relevantes e instituciones.

En principio, las demandas se convierten en necesidades cuando los gobiernos reconocen y dan legitimidad a los que reclaman. Es decir cuando los grupos, organizaciones y colectivos son aceptados y reconocidos como miembros activos de la sociedad. Es preciso ajustar que como diría el Dr. Tamayo, no es correcto hablar de muchas ciudadanías pero sí de prácticas de ciudadanía las cuales conviven en espacios similares generando tensiones que provocan la necesidad de encontrar caminos de acuerdo para las solución de problemas. La relación gobernantes-gobernados en México, esto es, la hegemonía estatal fundada en un tipo especial de consenso (Gutiérrez, 2013)

El ciudadano es el sujeto fundamental de la democracia. De ahí que el estatuto de ciudadanía haga referencia a una dimensión jurídica, inseparable de su estatuto político (IFE, 2000). La construcción de las relaciones entre gobernantes y gobernados está entre otras cosas determinada por el momento histórico en que se gesta dicha relación. Las coyunturas y las necesidades bajo las que opera la nación corresponden a distintas respuestas por parte de ambos grupos. Las relaciones políticas son un conjunto de herramientas simbólicas que pueden ser empleadas por los actores políticos para construir o reelaborar los significados (Tejera, 2006, pág. 44).

Las formas que constituyen las relaciones individuos-gobierno, implican también la manera en que se harán presentes los actores sociales. Movimientos sociales, organizaciones de la sociedad civil, colectivos culturales etc, tendrán implícitamente distintas formas de cultura política en su actuar. Delimitando así objetivos, propósitos y modos de acción.

Muchas formas de relación, contribuyentes, destinatarios de programas y servicios públicos, integrantes de movimientos sociales y agrupaciones civiles, representantes en

procesos electorales y electores. Generan un abanico amplio y complejo para definir un estatus mínimo y máximo de integración a la totalidad de la vida política.

El individuo común, que acude a efectuar trámites gubernamentales y privados, que consume servicios públicos, que es beneficiario de las políticas públicas, que es considerado participante de las contribuciones que hacen posible tales servicios, el ciudadano –en suma– entendido como prisma que expresa y condensa la complejidad de la sociedad moderna, lo es en tanto está inmerso dentro de la red de operaciones del Estado (IFE, 2003).

La cultura política se ha cimentado por generaciones alrededor de la idea de la centralidad del Estado tanto en la regulación de lo económico como lo social (de Landa, 2007), de la participación política y de la incapacidad por tener espacios distintos para hacerse presente.

Podemos entonces, con base en las formas de la cultura política propuesta que se presentan prácticas autónomas o dependientes (Tamayo, 2006) de forma dependiente tendíamos prácticas que, por un lado, se vincularían más con el clientelismo o el paternalismo gubernamental y, por otro, prácticas que se cobijarían en el asilamiento social (Tamayo, 2006).

Ahora bien, en el desarrollo histórico de las relaciones político-sociales podemos establecer tres dimensiones relacionadas entre sí: Primera constituye la relación entre Estado y sociedad bajo conceptos de nación y nacionalidad, es la etapa en la que se buscan generar los vínculos y la membrecía a la comunidad. La segunda define derechos y obligaciones reglamentando de alguna manera el comportamiento social e individual, las corporaciones políticas integradas al partido único sirvieron como correa de transmisión capaz de echar a andar dicha misión. Finalmente, la tercera, que es la participación, entendida como el proceso político de formar parte de una comunidad, de involucrarse y de delinear el camino (Tamayo, 2006).

Tradicional

En este sentido y siguiendo los tres momentos mencionados previamente podemos diferenciar que la forma tradicional se construye en espacios donde los caciques y las clientelas operan con base en el intercambio de favores políticos por bienes materiales es

aquella que cuenta con las formas primarias de socialización política. Escaso acceso a los medios de comunicación que permitan diferenciar y comprender el funcionamiento del sistema político. Amplio margen de aceptación de las religiones míticas

Valores tradicionales, generalmente con un sentido patrimonial del gobierno y de la administración; economía predominantemente rural, con un alto nivel de pobreza general y una alta concentración de la riqueza en pocas manos; analfabetismo generalizado; muy escasa movilidad social. (Arnoletto, 2007)

En el campo de las relaciones de poder, se perciben los roles políticos como formas de intermediarios entre los distintos niveles de gobierno y los ciudadanos que negocian sus propias necesidades (Casterjón, 1995). La relación entonces, no es de acuerdo a un fin racional de gobierno; se mira al político como el proveedor y protector. Aquel individuo capaz de garantizar la satisfacción de las necesidades y de resolver las problemáticas. En el aspecto material como en el simbólico cubren la necesidad de certidumbre, protección, providencia y liderazgo. El centro de poder es más remoto y simbólico en tanto es mayor la jerarquía. El presidente de la república aparece a sus ojos como un símbolo. Como un ser omnipotente (Casterjón, 1995).

Los caudillos forjaron una correa de transmisión cultural particularmente rica en el manejo de las prácticas y símbolos de la represión y la concesión, de la ruptura y la negociación y el convenio (Casanova, 1986). El proceso para transformar las relaciones tradicionales se han visto estancadas por los procesos clásicos de la desconfianza, de la política paternalista que

[..] han propiciado que las figuras caudillistas tomen un lugar central en las valoraciones de la ciudadanía. Ciertamente, diferentes encuestas refieren el apego que se tiene por figuras fuertes en el entendimiento de los vínculos institucionales; muestra de ello es lo que sucede en el espacio electoral, donde el peso de los candidatos relativiza la importancia de las plataformas políticas y de la propia figura del partido (Gutiérrez, 2007) .

La formación del Estado mexicano se ha visto condicionada por lo que Aguilar llama el protagonismo estatal, el cual para los fines de la democracia ha traído como consecuencia el hecho de que la propensión de la sociedad mexicana a depender prácticamente del Estado en asuntos básicos de su vida, bajo la idea de que la sociedad no

puede plantear y resolver bien sus problemas a menos que intervengan los políticos, los gobernantes y los funcionarios con sus conocimientos, recursos y acciones (Aguilar, 2007)

Caudillos y caciques con sus clientelas y subordinados gestan su ordenanza en el nacimiento de la identidad nacional.

Corporativa

Principalmente puedo decir que en el desarrollo de una relación corporativa se pretende, o pretendía romper con liderazgos carismáticos aceptando el rol de la burocracia, respetando más el cargo que a la persona. Se desconfía del gobierno rompiendo con la visión protectora y providencial que se tiene en las sociedades tradicionales, generando entonces espacios críticos y posibles canales de oposición manifestados mediante los partidos políticos. No obstante se mantiene presente la lealtad al régimen. Y al centralizarse no en varios sino solamente en un partido político, el acceso a los medios de participación está controlada por el aparato estatal. La forma corporativa que se alimenta por la introducción de sectores no representados al orden institucional.

Los derechos políticos se limitaron hasta más no poder con el control corporativo y la ausencia de democracia en los procesos electorales indicador (Tamayo, 2006). La participación es solamente a través de los mecanismos reconocidos por las instituciones. Organizaciones obreras, campesinas principalmente son incluidas al programa del partido como enormes canales de convivencia social que fundamentan el ejercicio político.

Se presenta entonces una doble esencia, dos caras de una moneda, pragmatismo clientelar y la ausencia de una práctica política estructurada democráticamente y con perspectiva a largo plazo (Gutiérrez, 2013), que en función de una cultura política que por generaciones fue sostenida alrededor del rol central del estado en la regulación del control económico y social (de Landa, 2007) impedían generar consciencia ciudadana capaz de participar y generar sus propios campos simbólicos.

Los rasgos vivos del autoritarismo, las prácticas intermediarias en sus dos niveles (caciquil y corporativo) han limitado el acceso deseado a una cultura política ciudadana cercana a la democracia deseada. Mientras desde las instituciones reconocidas como constructoras de ciudadanía, desde los partidos y las organizaciones políticas no se busque

fortalecer la ciudadanía sino ganar adeptos y generar dependencias el proceso democrático seguirá estancado en formas tradicionales y corporativas de socialización política.

Un factor clave del débil involucramiento de la ciudadanía en los procesos de toma de decisiones ha sido la dificultad mostrada por las elites políticas para construir vínculos de sentido entre las rutinas institucionales y las necesidades y expectativas ciudadanas (Gutiérrez, 2007) pues se conservan aspectos del régimen posrevolucionario donde se aprecia y resguarda la función y el orden institucional, sin introducir formas de relación política que permiten vincular a la sociedad con el ejercicio de gobierno. La forma en que se entienden las posiciones políticas, como tipo ideal, es de acuerdo a la función y no por el personaje. La legalidad se establece como base del poder y de la autoridad (Casterjón, 1995).

En nuestro país, la escasa participación ciudadana, el bajo aprecio por los marcos normativos, la desconfianza en las instituciones, así como muchos otros rasgos típicos de la cultura política vigente, tienen su origen en la configuración histórica de nuestras formas de organización política, marcadas fuertemente por el paradigma corporativo (Gutiérrez, 2007).

Ciudadana

Finalmente a participación ciudadana supone, en cambio, la combinación entre un ambiente político democrático y una voluntad individual de participar (IFE, 2000). Como diría Canclini ser ciudadano implica un proceso de construcción de identidad. Donde nuevos mecanismos y actores se hacen presentes. Ciudadanía y partidos políticos ahora se disputan una relación sustentada en procesos de negociación de bienes simbólicos y materiales (Tejera, 2006) con apego a intereses teóricamente ideológico, tentativamente relacionados a la declaración de principios y los intereses ciudadanos.

Existe una nueva discusión sobre lo nacional, la interacción global; los nuevos mecanismos de comunicación permiten establecer relaciones más estrechas y dinámicas entre los distintos actores de la sociedad. Así mismo se discute la función del Estado en la lógica económica y social (Casterjón, 1995). La liberalización de la economía y la democratización del régimen político. Estas dos decisiones han obligado a la sociedad

mexicana a reorganizarse, a modificar sus prácticas y a rearticular sus factores fundamentales de equilibrio (Aguilar, 2007).

No se es ciudadano sólo por lo que establezca una estipulación jurídica; también forma parte de ello el serlo, vivirlo y experimentarlo, esté o no en concordancia con lo establecido en las leyes. La ciudadanía es también una experiencia, una vivencia (IFE, 2003) que se mueve desde el reconocimiento de lo institucional pero que gesta paralelamente contrapoderes y reacciones sociales indeterminadas por los canales acostumbrados. Opera también desde un reconocimiento de la gestación de acuerdos.

La cultura política del clientelismo y la política étnica entran en conflicto con nuevas formas de socialización política porque es más difícil romper con las lealtades en los grupos organizados y con reglas burocráticas de trabajo su las relaciones personales a las que dan lugar, gozan de un alto grado de legitimidad y están en el núcleo del intercambio y la gratificación política (Clarck & Inglehart, 2007).

El nuevo espacio de la vida política mezcla actitudes de la sociedad moderna con las injerencias de la globalización y de las nuevas formas de relación que ofrece el sistema neoliberal. La apertura comercial significó también el intercambio cultural y la adopción de formas distintas de conducta política. Los temas clásicos de derecha e izquierda pierden fuerza, libertad por sobre igualdad, tolerancia y participación no mediatizada. Se observa la presencia de la sociedad civil como canales alternos a los partidos políticos generando sociedades con niveles críticos más desarrollados. Se cuestiona la función pública y los mecanismos de elección, así como el apego al “viejo régimen y sus instituciones”. Existe entonces una recurrente discusión sobre el funcionamiento de la democracia como forma de gobierno, las instituciones que lo componen y la función de cada uno de los miembros de la sociedad.

No ha sido fácil revertir los efectos de la cultura súbdito pragmática y providencialista derivada de nuestra herencia cultural revolucionaria (Gutiérrez, 2013) sin embargo los estudios sobre la Nueva cultura política que implica la redefinición de las funciones del Estado y las relaciones entre el estado y la sociedad a la vez que combina la tendencia conservadora (de Landa, 2007) dan esperanza a que los pasos correctos en el camino de la consolidación democrática pueden darse.

Los tres niveles de relación política siguen siendo tipos ideales que nos permiten cuestionarnos ¿cuál tiene más peso de las tres en la composición y legitimación del poder y el sistema político? La tradicional que es capaz de asimilar de forma providencial y clientelar el papel del Ejecutivo, la corporativa que sigue buscando tanto en el partido como en las organizaciones, movilizaciones sociales y líderes populares una respuesta a las problemáticas de forma personalista, aún clientelar y delegativa. O la ciudadana que comienza a tener matices críticos y participativos en el ejercicio de gobierno. Cabe la pregunta entonces ¿qué formas de la cultura política podrían generar prácticas democráticas?

Crítica

Mirando los análisis históricos de hechos recientes el 2000 es el año clave de la democracia mexicana por primera vez un partido que no era el PRI lograba ganar el ejecutivo nacional.. Si el estado mexicano fue construido en el autoritarismo y la revolución significó el eje central del proyecto el PRI había sido la estructura necesaria para que el sistema político centralizado funcionara. Ideológicamente el nacionalismo y el corporativismo fungieron en función de regular la participación y asegurar la centralidad ya no desde la fuerza, sino desde la conveniencia y a veces sí, con memorias de violencia. Previamente el 88 significó un momento crítico, la competencia electoral hacía manifiesto que aún no se contaban con las estructuras institucionales capaces de gestar una elección competitiva. La apertura económica manifestaba la necesidad de una apertura política. No es que solamente haya sido necesario para la sociedad o para la economía ambas formas tienen su lugar preciso y su reconocimiento justo, sin embargo ¿Qué clase de democracia se genera cuando el objeto no es integrar a tus propios ciudadanos, sino dar una imagen correcta para llamar la atención de los interés económicos de fuera?

Estado mexicano monopolizó prácticamente todas las actividades fundamentales de la asistencia-desarrollo-seguridad social, limitando toda acción social independiente; incluso, en áreas donde su intervención y presencia no eran indispensables. El resultado fue volver dependientes a las organizaciones y comunidades de las acciones del gobierno, obstaculizando la emergencia de actores sociales alternativos, con capacidad de atender demandas sociales que el gobierno (Aguilar, 2007)

En México priva un alto nivel de desconfianza hacia el otro; y (como en el caso del conocimiento y el interés político) no se trata de una característica reciente, sino de un

proceso que se ha ido consolidando y al cual en lugar de aplicarse los mecanismos necesarios para transformarlo, parece que se le pone más leña. La violencia e inseguridad que se vive en muchas de las zonas del país que son controladas por grupos ilegítimos así como las faltas a los derechos humanos no son propicias para una cultura política cívica y que confíe en sus instituciones. Al mismo tiempo sin confianza intercudadana es aún más difícil construir redes sociales capaces de elaborar ciudadanía democrática deseada.

La ciudadanía, siendo una realidad estipulada bajo una forma jurídico-política, puede no serlo en términos político-culturales.

Conclusiones

El nacionalismo revolucionario generó un sustrato político cultural que no ha dejado de marcar las costumbres, los hábitos y las expectativas del universo social e institucional mexicano (Gutiérrez, 2013) .

Cambios en la cultura política convergen a definir una nueva cultura cuando los valores y creencias que los individuos manifiesten en una sociedad u momento determinado supongan transformaciones respecto a los roles esperables del estado (de Landa, 2007)

Mi propuesta es entonces, considerar que dichos espacios-imaginarios culturales están compuesto por las formas de la cultura política en distintos niveles de presencia. Al mismo tiempo no son formas estáticas y la dinámica de dichas formas podría resultar en un estudio más complejo sobre el tema. El propósito de la esquematización es ilustrar que el contenido de todas las formas en distinto nivel, genera un equilibrio que culturalmente sigue sosteniendo la lógica del sistema político mexicano. Podríamos preguntarnos: ¿habrá nuevas formas que se incluyan en el formato y que permitan dar variantes al régimen, o bien, se adaptaran y harán del régimen algo más fuerte?

El cambio fluye a partir de tensiones dinámicas entre las condiciones socioeconómicas y políticas.

La construcción cultural del poder en México se ha realizado con procesos débiles en cuanto a la formación de una sociedad activa y participativa. La cultura política se ha gestado alrededor de las figuras poderosas que logran resolver conflictos y actuar de

forma contundente en la toma de decisiones concretas y cercanas a la realidad cotidiana así como en la dirección del país. Las élites han reproducido y fomentado esta forma cultural con el fin de asegurarse una continuidad en la pirámide del poder político (Meyer, 1982). La ideología corporativista generó procesos de exclusión. El partido destinó una “apatía” política centrando toda acción política en sus matices y en el enramado que construían las organizaciones partidistas (Córdova A. , 1995).

La mitificación de la sociedad “pasiva” se quiebra en el momento que se comprende el papel del partido oficial como contenedor de los procesos de inconformidad social. De a poco la apertura a nuevos partidos políticos y la capacidad de movilización van generando espacios para las manifestaciones distintas de la cultura política. Si bien coexisten formas tradicionales, modernas y contemporáneas en un mismo espacio, estas definen distintas formas de la cultura política, las cuales tienen injerencia en el andamiaje del sistema político.

El poder en las sociedades modernas no está concentrado en una clase o es exclusivo de un aparato del Estado (Bassols, 2008). Los procesos contemporáneos de política regional nos demuestran la paulatina, pero constante, redefinición del poder descentralizado. De a poco los personalismos y las camarillas presentes en los estados se transforman en poderes regionales definidos y estructurados con base en las problemáticas regionales y no en el dictamen impuesto desde la cúpula de la jerarquía política. (Cuna, 2008)

Es importante señalar los mecanismos de acción para transformar la cultura política no sólo de los ciudadanos e individuos. Las elites deben ser criticadas en su quehacer cultural. Ejercer liderazgos democráticos pasaría por la legitimidad existente en la racionalidad de ser obediente en el cumplimiento de las demandas de la comunidad (Dussel, 2011).

Para hacer funcionar el sistema político mexicano desde una perspectiva modernizadora, es necesario desmitificar el poder. Desacralizar la presidencia para convertir a nuestros mandatarios en seres de carne y hueso (Trueba, 1998).

Desmitificar la indiferencia social desde la comprensión de los procesos que han hecho de este país un aglomerado de organizaciones que aprendieron a funcionar con base en relaciones clientelares delineadas por un partido absoluto

Las condiciones que históricamente permitieron fundamentar el sistema político mexicano actuaron en complicidad unas con otras, de tal suerte que las características cualitativas del poder pudieran moverse desde lo concreto como es la definición del régimen, la posición constitucional y metaconstitucional del presidente, hasta lo abstracto como lo son las formas de la cultura política que en conjunto han legitimado la presencia de un sistema político caracterizado por una democracia débil.

Contener culturalmente al poder implica primero el proceso crítico capaz de cuestionar la posición del presidente y de las autoridades en su conjunto, cuestionar y revolucionar simbólicamente los procesos que legitiman la desigualdad entre gobernantes y gobernados, derribar las barreras autoritarias mediante un proceso de crítica. Me parece correcto señalar que un factor importante en la cultura política es la asimilación de pautas de conducta, en todo caso si estas pautas de conducta no son reflexionadas las formas autoritarias de la cultura política se reproducirán en la sociedad, permitiendo que el desencanto, la desconfianza y el desinterés conserven su posición. Si el sistema político está legitimado desde la cultura y ésta aún conserva sus rasgos autoritarios entonces la democracia comenzará a generarse cuando el equilibrio entre legitimidad constitucional esté acompañado de la legitimidad cultural democrática.

I. Bibliografía

Aguilar, L. (2007). El papel de la sociedad civil en el diseño de políticas públicas. En SEGOB, *Conocimiento ciudadano sobre la democracia en México a través de la ENCUP* (págs. 191-220). México, D.F.

Ai Camp, R. (1983). *Los Líderes Políticos de México. Su educación y su reclutamiento*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Almond, G., & Verba, S. (1980). *The Civic Culture Revisted*. Boston.: Little Brown.

Arnoletto, J. (2007). *Glosario de Conceptos Políticos Usuales*. EUMEDNET.

Bassols, M. (2008). Introducción. En M. Bassols, A. Escamilla, & L. Reyes, *Liderazgo Político. Teoría y Procesos en el México de hoy*. México: U.A.M.

Casanova, P. G. (1986). *El Estado y los partidos políticos en México*. México, D.F.: Editorial Era.

Casterjón, J. (1995). *La política según los mexicanos*. México, D.F.: OCEANO.

Clarck, T., & Inglehart, R. (2007). La Nueva Cultura Política: Cambios en el apoyo al Estado de Bienestar y otras políticas en las sociedades post-industriales. En T. Clarck, & C. Navarro, *La Nueva Cultura Política. Tendencias globales y casos iberoamericanos*. Madrid: Miño y Dávila editores.

Córdova, A. (1995). *La política de masas del cardenismo*. México, D.F.: Ediciones Era.

Cuna, E. (2008). Transición, regionalismo y partidos políticos. En M. Bassols, A. Escamilla, & L. Reyes, *Liderazgo Político. Teoría y Procesos en el México de hoy* (págs. 141-174). México: U.A.M.

de Landa, M. D. (2007). Las viejas y las nuevas culturas políticas en ciudades argentinas. Nueva cultura política y ciudadanías locales. En T. Clark, & C. Navarro, *La Nueva Cultura Política. Tendencias globales y casos iberoamericanos* (págs. 335-369). Buenos Aires, Argentina: Miño y Dávila, editores.

Delhumeau, A., & González Pineda, F. (1973). *Los mexicanos ante el poder*. México: Instituto Mexicano de Estudios Políticos, A.C.

Dussel, E. (2011). *Carta a los indignados*. México: La Jornada.

Gutiérrez, R. (2007). Conocimiento ciudadano sobre la democracia en México a través de la ENCUP. En SEGOB, *Cultura política y participación ciudadana en México antes y después del 2006* (págs. 59-80). México, D.F.

Gutiérrez, R. (2001). *Identidades políticas y democracia*. México, D.F.: Instituto Federal Electoral.

Gutiérrez, R. (2013). Las herencias político-culturales del nacionalismo revolucionario en México. En S. Tamayo, & A. Gallegos, *Cultura (y) Política* (págs. 223-262). México, D. F.: Universidad Autónoma Metropolitana.

Hernández, M. A. (Abril-junio de 2008). La democracia mexicana, presa de una cultura política con rasgos autoritarios. *Revista Mexicana de Sociología* (70), págs. 261-303.

IFE. (2003). *El ciudadano como elector: La cultura política en el cambio de siglo mexicano*. México, D.F.: Instituto Federal Electoral.

IFE. (2000). *Los eslabones de la democracia*. México: Instituto Federal Electoral.

Johnson, K. (1971). *Mexican Democracy: A Critical View*. Boston: Allyn and Bacon.

Kant, E. (1994[1941]). *Filosofía de la historia*. México: Fondo de Cultura Económica.

Knight, A. (Diciembre de 2000). Cultura política y caciquismo. *Letras Libres* .

Meyer, L. (diciembre de 1982). Andamios presidenciales: El todo y sus partes. *Nexos* (No. 60).

Newton, K., & Norris, P. (2000). Confidence in Public Institutions: Faith, Culture or Performance? En *Disaffected Democracies: What's Troubling the Trilateral Countries?* Princeton University Press.

O'Donnell, G. (January de 1994). Delegative Democracy. *Journal of Democracy* , Vol. 5 (No.1), págs. 55-69.

Paoli, F. J. (enero- agosto de 1988). Providencialismo, rasgo de la cultura política mexicana. *Revista Azcapotzalco-U.A.M. Azcapotzalco* .

Patrick, G. M. (1984). Political Culture. En G. Sartori, *Social Science Concepts. A Systematic Approach*. London: Sage Publications.

Sotelo, F. (enero-abril de 1993). Nación y nacionalismo en México. *Sociológica-U.A.M. Azcapotzalco* , año 8 (21).

Tamayo, S. (Mayo-agosto de 2006). Espacios de ciudadanía, espacios de conflicto. *Sociológica* , págs. 11-40.

Tejera, H. (Mayo-agosto de 2006). Cultura ciudadana, gobiernos locales y partidos políticos. *Sociológica* , págs. 42-70.

Tejera, H. (Mayo-agosto de 2006). Cultura ciudadana, gobiernos locales y partidos políticos. *Sociológica* , págs. 42-70.

Trueba, J. L. (1998). *Los dos cuerpos del Presidente. Poder y locura en el presidencialismo mexicano*. México: Times Editores.

Žižek, S. (19 de agosto de 2011). *London Review of Books*. Recuperado el 5 de junio de 2013, de Shoplifters of the world unite: <http://www.lrb.co.uk/2011/08/19/slavoj-zizek/shoplifters-of-the-world-unite>